

Terminada esta guerra, pasó Abderrahman á visitar la Extremadura y Lusitania. Recorrió las ciudades de Mérida, Evora, Lisboa, Santaren, Coimbra, Porto y Braga, haciendo levantar en todas partes mezquitas y estableciendo escuelas públicas para la enseñanza del islamismo: volvió por Zamora, Astorga y Avila, ciudades todas conquistadas antes por el rey cristiano de Asturias Alfonso I, y abandonadas sin duda despues ó poco defendidas, y pasó á Toledo, donde fué recibido por su hijo Abdallah con las mayores demostraciones de alegría (785). Allí supo que Cassim, el hijo menor de Yussuf, unido al indómito Hafila, restos ambos de la batida de Cazorra, hacian todavía los últimos desesperados esfuerzos por la parte de Murcia y Almería. Mientras Abdallah, hijo del célebre Marsilio, y heredero del valor y de la severidad de su padre, perseguía á Cassim ben Yussuf, Abderrahman visitaba los pueblos de las montañas de Jaén, teatro de la última guerra, cambiando con su presencia y porte el espíritu desfavorable que en ellos dominaba y disipando con su amabilidad las prevenciones que contra él tenían. Al llegar á Segura de la Sierra, exclamó: «Esta fortaleza, defendida por un buen alcaide y por algunos ballesteros fieles, sería inaccesible como el nido del águila en la empinada roca.» Lleváronle allí la noticia importante de haber caído Cassim el Fehri en manos de Abdallah, hijo de Marsilio (Abdelmelek ben Omar). Invirtió algunos días el emir en recorrer las aldeas de la sierra, y luego bajó á Denia, donde le esperaba otra nueva no menos feliz. Abdallah había capturado también al terrible caudillo de los rebeldes Hafila, á quien había decapitado en el acto. Cuando Abderrahman llegó á Lorca, incorporósele el vencedor Abdallah, y juntos se encaminaron á Córdoba, donde entraron en medio de las mas vivas aclamaciones y plácemes de los habitantes de la ciudad (786). Presentáronle allí al rebelde Cassim encadenado: el hijo de Yussuf imploró la clemencia del emir besando la tierra que pisaba el mismo á quien había hecho guerra obstinada y pertinaz. El ilustre emir puso término á la guerra de treinta años con un rasgo de magnanimidad que acabó de realzar su grandeza. No solo mandó quitar las cadenas y grillos al cautivo Fehri, sino que le otorgó mercedes y le dió tierras en Sevilla para que pudiese vivir conforme á su antiguo rango y socorrer á sus parientes desvalidos. Cassim, conmovido con tan generoso proceder, ofreció solemnemente ser desde entonces el mas fiel servidor y amigo de su magnánimo bienhechor (1).

¡Cuán diferente estrella la de los hijos de Yussuf el Fehri! Abul Asuad, preso diez y ocho años en una torre, logra á costa de una fingida ceguera, ficción aun mas incómoda que el mismo cautiverio, evadirse de la prision, alza el pendon rebelde en el corazon de una montaña, es batido á ojeo como una fiera dañina, derrótanle, en un combate, abandonándole los suyos, vaga por los bosques como una alimaña perseguida por el cazador, pide limosna á los transeuntes, apaga la sed en los torrentes del desierto, desfigúranle los trabajos de la vida salvaje, y escuálido y desnudo entra en una poblacion donde muere como un mendigo en la oscuridad y en la miseria. Cassim, su hermano, diez veces prisionero y otras tantas auxiliado para fugarse, fomentador de todas las rebeliones, conspirador incansable y eterno, aparece do quiera que habia enemigos armados del emir, en ciudades y en despoblados, en España y fuera de ella, en Mediodía y en Oriente, en riscos y llanos, es apresado al fin, y no solo obtiene perdon é indulto de un vencedor de quien fuera tan mortal enemigo, sino tambien tierras de que poder vivir con la grandeza de un príncipe. Inútil sería buscar en lo humano las causas de estos contrastes que en todos los siglos, en todas las religiones y en todos los países suele ofrecer la suerte de los hombres.

Llegamos por fin al término de la carrera de Abderrahman: treinta años llevaba de luchas el hijo de Moawiah con pocas interrupciones, al cabo de las cuales, vencedor siempre, pero siempre molestado, logró todavía poder dedicar con quietud alguno aunque corto tiempo á afianzar el trono de los Omíadas y á legársele en un estado brillante á sus sucesores. Dedicó, pues, Abderrahman este apetecido período de sosiego

(1) Conde, part. II, cap. 23.

á embellecer á Córdoba con monumentos que testificaran á la posteridad su poder y grandeza. Ya la habia adornado con alcázares, palacios y jardines; mas queriendo dejar levantado en la capital del imperio un templo que igualara ó excediera á los mas magníficos y soberbios de Oriente, dió principio á la construccion de la grande aljama ó mezquita mayor de Córdoba sobre el mismo plan de la de Damasco, en lo cual llevó acaso la idea religiosa y el pensamiento político de apartar mas y mas á los musulmanes españoles de la dependencia moral de Oriente en que los conservaba de la veneracion á la Meca, haciendo á Córdoba un nuevo centro de la religion musulmana. Para activar los trabajos y alentar á los operarios con su ejemplo, trabajaba Abderrahman por sí mismo una hora cada dia; mas á pesar de tanta actividad y de haber consumido en los gastos de la obra mas de cien mil doblas de oro, Dios no le permitió ver concluido el grandioso monumento, en que, al decir de un moderno poeta, el ojo habia de perderse en maravillas (2). Reservada estaba esta satisfaccion á su hijo Hixem (3). Pero á Abderrahman corresponde la gloria del pensamiento y la honra de haber dotado con rentas perpetuas los hospitales y escuelas (madrisas) que levantó á la sombra de la grande aljama.

Ocupado estaba el ilustre Omíada en estos trabajos, cuando sintiéndose próximo á descender al sepulcro, convocó á los walis de las seis provincias, y á los gobernadores de doce ciudades principales, con sus veinticuatro wazires, y teniéndolos reunidos en su alcázar, á presencia de su *hahgib* ó primer ministro, del *cadí* de los *cadíes*, de los *alkatibes*, secretarios y consejeros de Estado, declaró su voluntad de dejar á su hijo Hixem por *walí atahdí*, ó sucesor del imperio; rogó á todos le reconociesen y jurasen por tal, é hicieronlo así todos aquellos altos dignatarios, tomando la mano á Abderrahman, segun costumbre, en señal de obediencia y respeto, y prometiendo fidelidad al futuro emir cuando su padre muriese. Era Hixem el predilecto de su padre, porque aventajaba á sus hermanos en bondad y en sabiduría, en prudencia y rectitud. Murmuróse que la sultana Howara, madre de Hixem, la mas querida, y acaso la única esposa que tuvo el emir, no habia dejado de influir en la eleccion. Mas aunque los dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah no podian reclamar legalmente derecho de preferencia á la soberanía, puesto que esta era electiva, como lo era tambien en aquella época entre los cristianos, no pudieron sin secretos celos y sin un resentimiento que por entonces ahogaron, verse postergados á un hermano menor, cuyo mérito y virtudes presumian por lo menos igualar.

Despedida la asamblea, partió Abderrahman á Mérida, acompañándole Hixem, y quedando Abdallah en Córdoba: Suleiman volvió á su gobierno de Toledo. A los pocos meses adoleció Abderrahman en Mérida de una enfermedad, de la cual no tardó en sucumbir. Acaeció su muerte en el año de la egira 171, el 22 de la luna de Rebie segunda (30 de setiembre de 788). Tenia entonces poco mas de cincuenta y nueve años, y dejaba once hijos y nueve hijas. Hízosele un entierro solemne y pomposo, acompañando su féretro toda la gente de la ciudad y de sus contornos, con señaladas muestras de sentimiento y pesadumbre (4).

Así terminó su agitada y gloriosa carrera el primero de los Omíadas de España, Abderrahman ben Meruan, á cuyas

(2) Víctor Hugo.

(3) Abderrahman hizo la parte principal, desde el muro occidental hasta la undécima nave inclusive. Segun el autor del Indicador Cordobés (edición de 1837), la actual catedral de Córdoba compendia en sí la historia de los cuatro grandes períodos de la España romana, gótica, árabe y restaurada. En el sitio que hoy ocupa este grandioso templo estuvo el que los romanos dedicaron á Jano, que llamaron Augusto. De ello se hallaron dos inscripciones cuando se abrieron los cimientos para la fábrica de la capilla mayor, que están hoy colocadas en el arco llamado *de las Bendiciones*. En este mismo sitio, segun la opinion mas probable, estuvo en tiempo de los godos el templo de San Jorge, aquel fuerte donde se refugiaron los caballeros godos y cordobeses cuando la invasion de Mugeuz el Rumi, y que de la catástrofe en él ocurrida se llamó *iglesia de los Mártires*. Despues fué la gran mezquita, y San Fernando la convirtió en catedral cristiana, cuyo destino conserva.

(4) Conde, cap. 24.

aventajadas cualidades sus mayores enemigos no pudieron menos de hacer justicia. Almanzor, califa de Bagdad, y por lo mismo natural enemigo de su nombre y familia, elogiaba su valor y sus talentos, y se felicitaba de que las guerras interiores de España le hubieran impedido ejecutar el atrevido pensamiento que tuvo, segun Al Makkari, de llevar la guerra hasta el Oriente y de derrocar la poderosa dinastía de los Abassidas. Los escritores cristianos, á pesar de sus naturales antipatías, no pudieron dejar de reconocer sus virtudes. El Silense le llama el gran rey de los moros (1), y el arzobispo don Rodrigo dice que Abderrahman fué llamado *Adahid*, el Justo (2). «Cárlo-Magno, dice un escritor contemporáneo, la figura colosal que descuellan en aquel siglo, queda rebajado en comparacion de Abderrahman (3).»

Aunque Abderrahman gobernó como jefe supremo é independiente, y aunque las historias cristianas y algunas árabes le nombran Rey, Califa (Vicario), ó Miramamolín (4), consta por Al Makkari que nunca se dió á sí mismo sino el modesto título de Emir. Los dictados de miramamolín y de califa no empezaron á darse á los emires de Córdoba hasta el octavo de los Omíadas de España Abderrahman III ó sea Abderrahman al Nasir.

El mismo año de la muerte de Abderrahman I entró en Africa Edris ben Abdallah, que despues de haber andado errante por aquellas regiones como en otro tiempo Abderrahman, se apoderó de Almagreb, quitándosele á los califas de Oriente, y echó los cimientos del reino de Fez, que trasmitió en herencia á su hijo Edris ben Edris. De esta manera el Africa propiamente dicha, desde el Egipto hasta el Estrecho, se constituía independiente de los califas Abassidas, como treinta y ocho años antes se habia constituido la España: circunstancia interesante para la inteligencia de los sucesos ulteriores de nuestra historia.

CAPITULO VII

Hixem y Alhakem en Córdoba; Alfonso el Casto en Asturias

DE 788 Á 802

Solemne proclamacion de Hixem I en Córdoba.—Guerra que le movieron sus dos hermanos Suleiman y Abdallah.—Véncelos el emir.—Noble y generoso comportamiento de este.—Rebeliones de los walis de la frontera oriental.—Proclama Hixem la *guerra santa*.—Progresos de los musulmanes de uno y otro lado del Pirineo.—Termina Hixem la gran mezquita de Córdoba.—Su descripción.—Triunfo de Alfonso II (el Casto) en Asturias.—Muerte de Hixem, y elevacion de su hijo Alhakem I.—Dispútale el trono sus dos tíos Suleiman y Abdallah.—Guerra civil. Su término.—Alfonso de Asturias hace una excursion hasta Lisboa.—Mensaje y presentes de Alfonso á Cárlo-Magno en Aquisgran.—Es destronado momentáneamente, recluso en un monasterio, y vuelto á aclamar.—Conquistas de los francos en el Oriente de España.—Célebre sitio de Barcelona por Ludovico Pio, rey de Aquitania.—Ríndenle la plaza los musulmanes.—Origen del condado de Barcelona.

Extraño se mantenía á todos estos sucesos el pequeño reino de Asturias, como oscurecido en su rincón bajo los inertes príncipes que mediaran del primero al segundo Alfonso, que todavía, como anunciarnos en otro capítulo, tardará tres años en empuñar el cetro de la monarquía de Pelayo.

Con desusada pompa se celebraba en 788 en Mérida, terminados los funerales de Abderrahman, la solemne proclamacion de su hijo Hixem I. «¡Que Dios ensalce y guarde á nuestro soberano Hixem, hijo de Abderrahman!» era el grito que resonaba en todas partes, y rezábase por él la *chotha* ú oracion pública en todas las mezquitas de España. Ayudaba al entusiasmo con que era saludado Hixem su majestuosa presencia, su índole apacible, y la fama de religioso y justiciero que ya gozaba, designándole desde el principio con el doble dictado de *Al Adhil*, el justo, y de *Al Radhi*, el benigno y afable.

(1) Abderramen magnus rex Maurorum. Chron. n. 18.

(2) Hist. Arab. 18.

(3) Alcant., Hist. de Granada, tom. II.

(4) Corrupcion de *Emir-al-mumenin*, emir ó jefe de los creyentes.

Pero estas virtudes no bastaron á estorbar que sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah, walis de Toledo y de Mérida, no pudiendo resistir á la envidia y enojo de verse postergados, le declararan abierta guerra, proclamándose independientes de Toledo, donde ambos se habian reunido. Al wazir de la ciudad, que se negó á coadyuvar á sus designios, encarceláronle y le cargaron de cadenas. Y como Hixem escribiese á su hermano Suleiman para que le diese cuenta de la causa ó motivo de aquel maltratamiento, la respuesta del soberbio Suleiman fué hacer sacar de la prision al desgraciado wazir y clavarle en un palo á presencia del portador de la carta, diciéndole á este: «Vuelve y dí á tu señor lo que vale aquí su soberanía: que queramos ser independientes en nuestras pequeñas provincias, lo cual es una corta indemnizacion del desaire que se nos ha hecho.» Justamente indignado Hixem de la desatentada osadía de sus hermanos, marchó á la cabeza de una hueste de veinte mil hombres sobre Toledo. Suleiman habia salido á su encuentro con quince mil. Batiéronse los dos hermanos con el encarnizamiento de extraños enemigos. Derrotado el rebelde, pudo á favor de las tinieblas de la noche refugiarse á los montes, y el ejército vencedor prosiguió á poner cerco á la ciudad, defendida por Abdallah. El sitio apretaba, Suleiman no volvia, escaseaban los víveres, cundia en la ciudad el descontento, y Abdallah pidió permiso á los jefes del campo enemigo para pasar á conferenciar con el emir su hermano. Salió de Toledo de incógnito, presentóse á Hixem, el cual por uno de aquellos impulsos ineliberados, propios de las almas generosas, recibió á Abdallah con los brazos abiertos. Ante la elocuencia muda de la sangre no vió en su hermano al gobernador rebelde de Toledo, sino al hijo de Abderrahman como él. Concertóse, pues, la entrega de la plaza y el olvido de todo lo pasado, y juntos marcharon á Toledo, donde fué recibido Hixem con públicas demostraciones de alegría. Instaló en calidad de walí á un pariente del wazir tan inhumanamente sacrificado: dió á Abdallah para que pudiese vivir una casa de recreo situada en uno de los mas amenos sitios de la campiña del Tajo, y regresó á Córdoba á preparar los medios de reducir á Suleiman, que tenaz en su rebelion, se habia corrido de los montes de Toledo á los campos de Murcia, y reclutado gran número de descon-

tenidos. Tampoco tardó en verse segunda vez humillada la soberbia de Suleiman. El jóven hijo de Hixem, Alhakem, que hacia el primer ensayo de acaudillar algunas tropas, mandaba la vanguardia del ejército destinado á perseguir á su rebelde tío. En los campos de Lorca encontró la gente de este, y con el ardimiento y la inconsideracion de un jóven que no ve los peligros le arremetió impetuoso, y tuvo la fortuna de arrollarla. Cuando llegó el ejército del emir no halló ya con quien pelear. Costóle al jóven vencedor ser amonestado por su padre, para que otra vez no procediera con tanta precipitacion, pues si bien es necesario el arrojo en las lides, no lo es menos la prudencia, por cuya falta caudillos muy bravos causaron muchas veces la ruina de sus reinos y la suya propia. Cuando Suleiman, que no habia estado en la batalla, supo la derrota: «¡Maldición á mi suerte!» exclamó, y sin decir mas corrióse con algunos jinetes á tierra de Valencia, donde acosado por la caballería del emir escribió á su hermano solicitando le admitiese en su gracia con las mismas condiciones que á Abdallah. Hixem, siempre generoso, allanóse tambien á ello; si bien conociendo el carácter impetuoso y arrebatao de Suleiman, le propuso que se estableciese en Tánger ú otra ciudad de Almagreb, donde con el valor de los bienes que tenia en España podria adquirir otras posesiones equivalentes. Accedió á todo Suleiman, y vendidas sus haciendas en sesenta mil miteales de oro pasó á morar en Tánger. Así terminó (de 788 á 790) la guerra de los tres hermanos (5).

Simultáneamente habia estado ardiendo el fuego de la rebelion por las fronteras del Pirineo Oriental. Los inquietos berberiscos no se resignaban á la obediencia de los emires árabes. Ya era el walí de Tortosa Said ben Hussein que se

(5) Roder. Tolet. Hist. Arab. c. 18.—Conde, part. II, cap. 25 y 26.—Ben Alabar, in Cassiri.

negaba á reconocer á su sucesor, y se concertaba con sus vecinos los francos para sostener contra el soberano de Córdoba las plazas de Gerona, Ausona y Urgel; ya era el caudillo de la frontera Balhul, que unido á los walfes de Barcelona, Taragona y Huesca, se apoderaba de Zaragoza, y se proclamaba independiente. Por fortuna de Hixem, el walí de Valencia, Abu Otman, enviado contra los rebeldes, fué tan enérgico y feliz en su expedición, que no tardó en informar al emir de sus triunfos de la manera auténtica que los musulmanes solían hacerlo, enviándole las cabezas de los caudillos vencidos. Como esto coincidiese con la sumisión de los dos hermanos, hicieron en Córdoba fiestas públicas. Hixem escribió de su puño una carta de gracias al bravo Abu Otman, y le dió el mando de la frontera de Afranc ó del Frandjat (que así llamaban ellos á la frontera de Francia), prometiéndole le serían enviados refuerzos para recobrar las ciudades que en aquella tierra habían perdido los musulmes.

Desembarazado Hixem de estas guerras, pensó en resucitar en los musulmanes españoles el fervor religioso de los buenos tiempos del Islam, y llevando el pendon del Profeta á los dominios cristianos, emplear las fuerzas y la atención de todas las tribus en combatir á los enemigos de su fe, haciendo cesar por este medio el espíritu de sedición que trabajaba y enflaquecía el imperio. Al efecto hizo leer en todos los *minhbares* ó pulpitos de las mezquitas la proclamación del *alghied* ó guerra santa. Hizo un llamamiento general á todos los walfes y caudillos, á todos los creyentes, ofreciendo grandes premios á cuantos contribuyeran de algun modo á tan digna empresa. Respondieron á la invitación del emir todos los buenos musulmanes, concurriendo los unos con sus personas, los otros suministrando armas ó caballos, los demás con sus bienes, haciendo donativos y limosnas (791). Juntáronse así brevemente tres grandes cuerpos de ejército, que destinó el emir á Asturias y Galicia, á los montes *Albaskenses* (montañas vascas), y á las tierras de Afranc.

El primero, al mando del hadgib ó primer ministro Abdel Wahid, fuerte de cerca de cuarenta mil hombres, corrió las comarcas de Astorga y Lugo, talando y destruyendo el país, y cuando volvía cargado de ganados, despojos y cautivos, encontróse una parte de él en Burbia (1) con fuerzas del rey de Asturias Bermudo (Bomond que nombran los árabes). El resultado de esta pelea le traducen en su favor las historias musulmanas: distinta interpretación le dan los cronistas cristianos (2). Era el último año del reinado de Bermudo, cuando ya Alfonso mandaba las armas de Asturias. El segundo ejército penetró por los montes de Vizcaya hasta la Vasconia. Pero la irrupción mas notable de la guerra santa fué la que hizo el tercer cuerpo á las órdenes de Abdalá ben Abdelmelek á la Septimania ó Narbonense. Los momentos no podían ser mas oportunos. Cárlo-Magno se hallaba en el Norte defendiendo las fronteras de su reino contra los indómitos sajones: Luis el Bondadoso, su hijo (Ludovico Pio), rey de Aquitania, había tenido que acudir á Italia al socorro de su hermano Pepino, contra quien se habían sublevado los Beneventos. En tal ocasión el ejército musulmán, despues de tomar á Gerona, que estaba por los franco-aquitánicos, y de degollar á sus habitantes, invadió la Septimania, incendió el grande arrabal de Narbona, treinta años hacia perdida por los sarracenos, hizo gran matanza en sus defensores, y cargado de botín dirigióse á Carcasona. En vano quiso hacer frente el duque Guillermo de Tolosa en las riberas del Orbieu á las vencedoras huestes agarenas: inútiles fueron las proezas personales del duque cristiano. El pendon mahometano quedó otra vez triunfante, y contentos los árabes con esta segunda victoria, regresaron de este lado de los Pirineos á poner en seguridad su inmenso botín (793). Córdoba celebró con regocijos públicos las nuevas de tan felices expediciones (3). Del quinto de aquellos despojos tocaron al emir mas de cuarenta y cinco mil miteales ó pesantes de oro.

(1) Junto á Villafranca del Bierzo, en la actual provincia de León.

(2) Conde, cap. 27.—Ahmed Almakari.—Albeld. Chron. n. 57.—Roder. Tolet. Hist. Arab. c. 21.

(3) Historia de Languedoc, tomo I.—Fauriel, Histoire de la Gaule, etc., tomo III.—Conde, cap. 28.—Rod. Tolet. Hist. Arab. c. 19.

«Con estos venturosos sucesos, dicen los historiadores árabes, era el rey Hixem muy temido de sus enemigos y muy amado de los pueblos: con su clemencia, liberalidad y condición dulce y humana, se granjeaba las voluntades de todos.» Príncipe, añaden, tan magnánimo, que de su particular tesoro pagaba los rescates de los prisioneros, y tomaba á su cargo y bajo su protección los hijos y mujeres de los que morían en la guerra santa. Tan celoso por la religión como caritativo con los pobres, destinó en su totalidad el quinto de los despojos que le había tocado á acabar la gran mezquita de Córdoba empezada por Abderrahman I, y en la cual, á ejemplo de su padre, también trabajaba él algun rato cada día. Dicen que empleó como obreros á todos los cautivos hechos en Narbona, lo que pudo dar ocasión á la tradición popular de haber hecho traer en hombros de cautivos los escombros de aquella ciudad para emplearlos en este edificio. Acabóse, pues, en tiempo de Hixem este grandioso templo, que describe así un historiador árabe: «Esta magnífica aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente; tenía seiscientos pies de larga y doscientos cincuenta de ancha; formada de treinta y ocho naves á lo ancho y diez y nueve á lo largo, mantenidas en mil noventa y tres columnas de mármol: se entraba á su *alquibla* (4) por diez y nueve puertas forradas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro: tenía nueve puertas á Oriente y nueve á Occidente. Sobre la cúpula mas alta había tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro: de noche para la oración se alumbraba con cuatro mil setecientas lámparas, que gastaban veinticuatro mil libras de aceite al año, y ciento veinte libras de áloe y ámbar para sus perfumes: el *atanor del mihrab*, ó lámpara del oratorio secreto, era de oro y de admirable estructura y grandeza.» Otro escritor arábigo, Abdellahin de Granada, que tuvo la humorada de informarse hasta de las tejas que cubrían el edificio, dice que eran cuatrocientas sesenta y siete mil trescientas (5). También se reedificó de orden de Hixem el famoso puente romano de Córdoba.

Reinaba desde 791 en Asturias Alfonso II llamado *el Casto* (6). En el tercer año de su reinado y sexto del de Hixem en Córdoba (794), invadió las Asturias otro nuevo ejército sarraceno. Internáronse esta vez bastante los mahometanos en aquel suelo clásico de la restauración española, devastando campiñas y destruyendo iglesias. Alfonso reunió toda la gente de armas que pudo; el número era mucho menor que el de los enemigos, pero la presencia de su rey y el celo por su religión les inspiraba un ardor irresistible. Alfonso supo con maña atraer á los enemigos á un lugar pantanoso llamado Lutus (Lodos), en que entraron confiadamente los musulmanes. Salieron entonces los cristianos que emboscados los esperaban, y embistiéronlos tan bravamente, que embarazados y confusos los moros en un terreno fangoso, y para ellos desconocido, sufrieron una horrible mortandad: las crónicas cristianas hacen subir el número de muertos á setenta mil (7). Las historias arábicas confiesan que fué grande la matanza de los musulmes, que pereció en ella el caudillo Yussuf ben Bath, y que perdieron la presa y cautivos que traían. Esta fué la última expedición de los sarracenos á tierras cristianas durante el reinado de Hixem.

La santa guerra, feliz para él por la parte de Narbona, lo había sido bien poco por la de Asturias. Entreteníase como su padre en el cultivo de las hermosas huertas y jardines de

(4) La parte destinada á la oración, que se hacia con el rostro vuelto hácia la Meca.

(5) Conde, part. II, cap. 28.—Ponz, Viaje de España.—Indicador cordobés.

(6) Llamósele así, por ser fama que «con deseo de vida mas pura y santa por todo el tiempo de su vida no tocó á la reina Berta, su mujer:» dice Mariana. Lo que se infiere del cotejo de las crónicas de Albelda, de Alfonso III, de Pelayo de Oviedo y de Lucas de Tuy, es que si estuvo desposado con Berta, no debió llegar á realizarse el consorcio, ó esta señora, á quien suponen francesa, no vino á España. Por lo menos no se encuentra su nombre entre los confirmantes de los privilegios de aquel reinado, como acostumbraban á hacerlo las reinas de aquel tiempo.

(7) Sebast. Salmant. n. 21.—Algunos confunden esta entrada y derrota con la de 791.

LA CATEDRAL DE CORDOBA

Este extraño y magnífico monumento presenta el resultado de la confusión de los siglos, de la confusión de los pueblos y de la confusión de la civilización. En tiempo de los romanos fué el templo de Jano; despues de la expulsión de estos, los godos alzaron en su recinto una catedral cristiana; llegó la irrupción de los árabes y se convirtió en mezquita, y cuando estos perdieron su renombrada capital, volvió á ser catedral cristiana. Tantas metamorfosis han producido un monumento extraordinario, original, sin copia.

La mezquita había sido hecha por Abderraman en el siglo VIII: mas tarde los cristianos extendieron el edificio, y levantaron el pavimento cubriéndolo de ladrillos, así es que la base de las columnas está enterrada bajo el grosero suelo, haciendo perder su elegancia á la parte superior del templo. La iglesia tiene 620 pies de largo con 29 naves y 450 de ancho con 19: las sostienen cerca de 1,000 columnas, todas de mármoles y jaspes preciosos, de pié y medio de diámetro por 35 de elevación, altura muy pequeña para una catedral, pero que denota su primitivo destino. El edificio entero presenta un gran cuadro, uno de cuyos lados da á un inmenso claustro que parece un patio. Bajo el pavimento de piedra de este patio hay una gran cisterna abovedada. Dicho claustro es una de las grandes curiosidades de la catedral de Córdoba; es el que sirve de vestíbulo al templo, el famoso patio de los naranjos, donde se ven estos preciosos árboles de un diámetro y una antigüedad sorprendentes: diríase que son contemporáneos de los reyes moros, que se complacieron en ponerlos á la puerta de sus mezquitas para perfumar con las suaves y deliciosas emanaciones del azahar la entrada del templo de Alá.

Desde este bosque de naranjos se entra en el bosque de mármol, pues tal parece el interior de la iglesia, que mas que templo, se asemeja á un parterre oriental. Figurémonos una explanada adornada con 960 columnas antiguas poco elevadas, sosteniendo un doble orden de arquillos arabescos, primorosamente calados, y tal es el aspecto que á primera vista presenta la catedral de Córdoba. En medio de este laberinto de columnas se levanta la media naranja, cúpula elegante, pero enteramente extraña á la arquitectura del edificio, y del género moderno, pues fué construida en tiempo del emperador Cárlos V: los arcos de forma morisca que la sostienen son de una grande elevación y maravilloso atrevimiento, con adornos de esculturas finísimas y preciosos mosaicos.

El altar mayor es también obra del tiempo de Cárlos V. Las puertas que dan entrada á la catedral son 17, todas cubiertas de esculturas de exquisito trabajo. Cerca de la media naranja está el coro de los canónigos, cuya sillería es una obra maestra del arte escultórico: en cada silla se ve representado un asunto del Antiguo Testamento, y el artista cordobés, Cornejo, que la construyó, invirtió diez años en este trabajo.

Por toda la catedral hay capillas en gran número, pero la que mas llama la atención es una puramente morisca, en la que se han conservado cuidadosamente todos los adornos y arabescos en el mismo estado en que los dejaron los moros; á esta capilla, enteramente musulmana, solo se ha añadido un altar y una tumba; está llena de inscripciones árabes, y segun se dice, en ellas se conservaba uno de los originales del Alcoran, escrito en tiempo de Mahoma.

Desde cualquier punto que se contemple esta catedral, se ve un cuadro pintoresco, animado, original é iluminado como por encanto, porque recibe la luz por una multitud de pequeñas cúpulas que dan al edificio una fisonomía puramente oriental, poética. Una de las curiosidades que se enseñan al viajero es una cruz esculpida en una de las columnas, llamada la Cruz del cautivo, de la cual se refiere que un esclavo cristiano, atado con las manos á la espalda en tiempo de los moros, la hizo sobre el mármol sin mas instrumento que sus uñas: está conservada con una pequeña verja de hierro que la rodea.

La catedral de Córdoba está muy distante de ser lo que la de Sevilla ó Burgos; pero si no tiene tanta novedad y magnificencia, tiene en cambio la fisonomía extraordinaria y singular que le da el haber sido templo del paganismo, templo de los cristianos, mezquita de los árabes y otra vez morada del verdadero Dios.